

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 13 junio 1908).

IDOLATRÍA DEMOCRÁTICA

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, mayo de 1908.



Creo haber escrito antes de ahora en estas mismas columnas que el establecimiento de títulos, honores y condecoraciones curaría en ciertas llamadas democracias no poco del deslumbramiento que, en el fondo, esos ó parecidos prestigios producen. Pues lo cierto es que en las tan cacareadas democracias se encuentra más que en otra forma alguna de sociedad el prurito aristocrático y la tendencia á la separación en clases.

Parece ser que los pueblos que no tienen por ley una nobleza oficial tienden á crearse una especie de patriciado y que en ellos ciertos apellidos hacen las veces de títulos mobiliarios. La cosa es muy natural y acaso en el fondo muy justa.

La democracia de un pueblo no estriba en llamarle á uno el ciudadano tal ó cual en vez de llamarle el excelentísimo señor fulano ó mengano, y lo mismo pueden igualarse los hombres en el tuteo que en el más ceremonioso tratamiento.

Y esta tendencia á un cierto aristocratismo se observa no sólo en los que pretenden pasar por «aristos» sino también en los otros, en los que han de reconocerlos como tales.

El sentimiento cardinal de las democracias es, como muchas veces se ha dicho, la envidia y una de las formas que esta envidia toma es la de un culto á ciertos nombres, culto fundado no pocas veces si no en ignorancia, en obscura noción de lo que esos nombres significan.

La superstición religiosa persiste en aquellos que más la combaten. Se burlan de los que no toleran el que se hable irreverentemente de uno de los santos canonizados por la iglesia católica y ellos á su vez tienen sus santones.

Conozco un sujeto que me decía en cierta ocasión: «Es inconcebible á qué punto de fanatismo llegan ciertas gentes; figúrese que me he encontrado con un rabioso creyente que por negarle yo la divinidad de Jesucristo, me dijo que ofendía á Jesús considerándole un farsante ó un visionario y me ha sido imposible hacerle entender que siento por Jesús más profunda veneración que él mismo». Y este mismo sujeto al oír una vez que uno negaba el que Cervantes hubiese sido el excelente hablista que se dice, sosteniendo más bien que su «Quijote» deja mucho que desear en cuanto á estilo, me decía indignado: «pero ¿ha visto usted, D. Miguel, la petulancia y la osadía de ese majadero? ¿pues no dice que Cervantes era un pobre diablo sin talento alguno y su «Quijote» una obra sin mérito alguno?»

Y yo le dije: «Ya tenemos aquí al creyente fanático sin discernimiento. Ese señor no ha dicho nada de lo que usted dice, porque puede muy bien suceder que Cervantes no fuese un gran hablista—co-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOUSALES

sa que por mi parte ni afirmo ni niego, ni discuto ahora—y que su «Quijote» deje mucho que desear en cuanto á estilo, y sin embargo ser Cervantes el primer genio de nuestra literatura y en su obra lo capital de ella y una de las fundamentales en el mundo todo.»

En las «Máquinas para revolucionarios» que figuran al final del «Manual del revolucionario» de Bernardo Shaw, el famoso dramaturgo inglés—hoy en moda—se lee que el salvaje se inclina ante ídolos de madera y piedra y el civilizado ante ídolos de carne y sangre y más adelante: «El que mata á un rey y el que muere por él son igualmente *idólatras*». Y sea lo que fuere de esta brillante paradoja, lo indudable es que así como se hace de la misma madera al tirano y al esclavo, así se hace de la misma al *idólatra* y al iconoclasta. El que es uno es, en más ó en menos, también lo otro.

Y el primer *idólatra* iconoclasta es el pueblo del que siglos ha dijo Platón que sin justicia alguna mata á Sócrates y sin más justicia quisiera luego de haberlo muerto resucitarlo.

En tratándose de sus ídolos no comprende sino el elogio incondicional ó la repulsa incondicional también. Y las gentes atacadas de esta enfermedad se resuelven no contra el que niega redondamente lo que ellos redondamente afirman sino contra quien no lo recibe sin atenuaciones y distinciones.

Porque yo, pongo por caso, no me pastro ante ciertos nombres, como los de Víctor Hugo, Taine, Nietzsche, Spencer, etc., sino que tomo la labor de esos ingenios con precaución y reservas hay majaderos que se imaginan ó fingen creer que considero á esos sus ídolos tan majaderos como sus *idólatras*. Claro está que esto no reza con las gentes de sentido, las cuales cuando lo oyen á un hombre docto y entendido y que demuestra tener cultura literaria, afirmar diciendo: «me gusta poco Víctor Hugo» ó «no acaba de convencerme Taine» comprenden desde luego lo que esto significa. Y hasta comprenden que este hombre que dice así gustarle poco Víctor Hugo saca de éste, cuando le lee, mucho más gusto que aquellos otros que no quieren ver en él tacha.

Cada vez que me he permitido dirigir un reproche ó marcar una atenuación á la indiscutida adoración hacia uno de esos grandes prestigios, he recibido cartas que venían del fondo de alguna de esas sedicentes democracias, de esas democracias *idólatras*, y en las tales cartas se me ponía de oro y azul del modo más ingenuo y pintoresco. Ello se reducía á decirme: «¿Quién es usted, señor tal ó cual—aquí algún pipopo muy democrático—para atreverse con...» y aquí el nombre del ídolo. Excusado es decir que semejantes cartas hacen mi delicia.

No sé por qué se me figura que esa democracia argentina, en lo que de democracia tenga, es una de las necesitadas de educación en este respecto. Podrá ser ahí difícil hacerse contra viento y marea un prestigio, y tenemos en prueba de ello el caso de Sarmiento, que se murió sin que se acabara de tomarle del todo en serio, y cuyo crédito crece en gran parte merced al acatamiento de los extraños; pero en cuanto se trata de un renombre hecho, de una reputación mundial, es decir, europea,



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USALES

ó mejor dicho, francesa, ó mejor aun, parisiense, es irreverencia y osadía tan sólo el discutirla. ¿Quién es este mequetrefe atrevido y petulante que osa poner peros y tildes á un prestigio que todo París acata?

Y si el atrevido es un español ¡válganos Dios! Porque es sabido que en el fondo somos, á la vez que los más ignorantes, los más soberbios de los mortales—nuestra soberbia proviene de nuestra ignorancia—y que sobre todo en tratándose de franceses ó de prestigios hechos por ellos se nos revuelve el pozo de nuestros prejuicios de hasta.

Acaso esto tenga una explicación, y es que como no hemos tenido un Jacques, no hemos aprendido en nuestros liceos la historia, la filosofía, la literatura, etc., por textos franceses, y desde el punto de vista especial de ellos. Nuestros prejuicios son prejuicios propios y no ajenos, con todas las ventajas del prejuicio propio, nativo. Lo malo es cuando á un pueblo se le pagan, mediante una educación importada, prejuicios de otro pueblo y prejuicios que acaso riñen con su naturaleza propia. Porque hasta los defectos son, acaso, y en cierto respecto, los propios, los que surgen de la propia naturaleza, mejores que no los pegadizos é importados.

Y volviendo al tema capital de estas consideraciones, he de confesar que yo, en el caso de esos ídolos, rechazaría la idolatría de los ídólatras incondicionales. Es cien veces mejor ser discutido que no ser encomiado sin restricciones, como es mil veces mejor que los unos lo nieguen á uno y lo denigren y los otros lo afirmen y lo ensalzen, que no el que unos y otros se pongan de acuerdo en hacerlo pasar por un valor entendido.

Pocas cosas hay más terribles que la admiración incondicionada. Y aquí el calificativo de indiscreta alcanza todo su valor etimológico, pues las tales admiraciones lo son sin discernimiento previo, sin tamiz.

Y no falta á lo mejor alguno tan ingenuo como para proponer nada menos que una controversia pública conducente á aquilatar los méritos y servicios del ídolo en que él adora. Como si esto de la estimación de los valores de pensadores ó artistas fuese cosa de establecer y fijar mediante controversias.

También me ha ocurrido recibir carta de otro ingenuo que sorprendiéndose de que yo no admirara á los hombres á quienes él admira—ó que por lo menos no los admire en la medida y la incondicionalidad que él—me invitaba á que repitiese la lectura de las obras de uno de sus ídolos y que la tal lectura fuese detenida. Y aquí una de dos: ó al ingenuo consejero no le cabe en la cabeza que no entusiasme y admire á otros lo que á él le entusiasma y admira y en tal caso tiene una muy elevada idea de sí mismo y de sus poderosas facultades críticas, ya que éstas han de servirnos de norma á los demás, ó le sorprende el que no haya quien se rinda desde luego al sentir de una gran masa de gente y en este caso da á sospechar que si bien él admira á ese su ídolo es democráticamente, es decir, porque dicen



admirarlo otros muchos, por sufragio colectivo.

Esto de las admiraciones es por otra parte algo comparativo y relativo y puede muy bien suceder que viendo yo á los ídolos de esos ingenuos tan grandes en sí mismos como ellos los ven, no los vea sin embargo los mayores, porque alcáncen á ver otros más altos. Tengo, pongo por caso, un amigo que está en la adoración filosófica de Spencer, por la que pasé yo mismo hace veinte años, cuando tenía pocos más que los veinte, y hablándome de Kant me decía una vez: «Me ha pasado con Kant lo mismo que con él le pasó á mi Maestro—así llamaba, siempre á Spencer—y es que nunca he podido pasar de las primeras páginas de su obra fundamental». Y le contesté: «Pues por no haber podido pasar de ellas estás condenado á perpetua adoración á tu maestro, y por que no fué capaz de pasar éste de esas primeras páginas se está desmoronando su famoso sistema no sin dejar tal cual piedra de sillera que ha de permanecer en el edificio futuro de la filosofía perenne».

Hay que decirlo muy claro aunque los ingenuos se escandalicen. Es la falta de educación filosófica sólida lo que hace que se conviertan en ídolos ciertos pensadores muy al tono de la mesocracia intelectual, ciertos filósofos de esos que se dice están al alcance de cualquier persona medianamente culta. Es indudable que cuesta más comprender á Spinoza, á Kant, á Hegel ó á Stuart Mill, que no á Schopenhauer ó Spencer.

Todo esto bien sé que puede sonar á petulancia ó á prurito de singularizarse en el seno de una democracia intelectual cualquiera—la nuestra ó la vuestra—que es donde más á mal se lleva el que uno trompa filas y no quiera atenerse á los valores convenidos, que nunca son en ellas muchos.

Debo añadir que los que parecemos estar atacados, sin en realidad estarlo, de un cierto desdén, admiramos en realidad más que los ídólatras porque admiramos á más. Y como nuestra admiración se reparte gradualmente entre más sujetos de ella tiene matices que á ellos les fantan. Nuestro panteón es más vasto; entran en él muchos más dioses. Como ellos tienen pocos, esos pocos están todos en primera fila, y como nosotros tenemos muchos, están acaso los de ellos en nuestro panteón en segundo ó tercer término.

Y siempre es bueno y de seguro efecto á la larga no rendirse á esos cultos incondicionales. Los ingenuos empiezan por protestar é indignarse, pero cuando se quedan solos recapacitan. Nada educa más que el oír negar algo que se tiene por inconcuso.

MIGUEL DE UNAMUNO.

